

# EL PORVENIR DEL OBRERO

ECO DE LA AGRUPACION GERMINAL

DIRECCIÓN: J. Mir y Mir—PRIETO Y CAULES, 13.—MAHÓN (ISLAS BALEARES).

## Educación Integral

I

### POR VÍA DE PRÓLOGO

La prensa reaccionaria levanta estos días gran polvareda contra la *Educación Integral*. Si no hubiera otras mil, ésta sería una razón suficiente para demostrar la necesidad de establecer pronto en España este sistema educativo: el temor que inspira á los enemigos eternos de la civilización.

Es necesario que el pueblo, los hombres amantes del progreso y, sobre todo, los padres de familia, se enteren bien del significado de las palabras *Educación Integral*, para que no se dejen sorprender por los que, viviendo gracias á la ignorancia del mayor número, son contrarios á todo cuanto signifique instrucción y educación verdaderas. En un folleto publicado hace poco se explicó algo, pero hay que repetirlo, para ampliar ideas, para aclarar puntos interesantes, para poner la verdad al alcance de todos.

En el sér humano se descubren cuatro clases de actividades, facultades ó fuerzas. Todos tenemos un cuerpo compuesto de músculos, huesos, nervios, órganos, aparatos, etc.; cada uno de los cuales realiza su función correspondiente. Nadie ignora que el hombre al fijarse descubre cosas nuevas, recuerda las que aprendió antes, reproduce lo que sabía. Es evidente que al enterarnos de algún hecho nos gusta ó nos disgusta, nos alegra ó entristece: cuando vemos una función teatral ó leemos una historia ó novela, nos encariñamos con éste ó aquél personaje y aborrecemos á tal otro de los que en ella figuran. No puede negarse que somos dueños de obrar de un modo ú otro, y que hablamos casi siempre de una manera conforme á nuestras inclinaciones, á nuestros conocimientos, á nuestros sentimientos. La educación debe atender á todas estas manifestaciones, y de aquí su división en *física*, *intelectual*, *moral* y *estética*. El enlace y armonía que debe establecerse entre estas diferentes ramas ó partes de la educación, para que el hombre se desenvuelva en todo su sér de un modo racional y

adecuado, es lo que constituye la *Educación Integral* ó completa.

En sucesivos y continuados artículos hablaré de la manera de realizar la *educación física*: ejercicios, juegos y experimentos á que debe someterse el cuerpo; de la *educación intelectual*: desenvolvimiento, cultivo y perfeccionamiento de las facultades, operaciones y funciones intelectuales; de la *educación moral*: formación del carácter, de los hábitos, de la voluntad; de la *educación estética*: estudio del sentimiento, su cultivo y desarrollo.

Hoy debo limitarme á combatir algunos errores que suelen propagar los enemigos de la enseñanza para distraer al pueblo y separarle de esta clase de cuestiones, tan serias é importantísimas.

Alguien ha dicho que la Escuela Integral ha de ser antireligiosa; otros afirman que no puede existir instrucción verdadera si no se procura cimentarla sobre la piedad cristiana, esto es, si no se la somete á los hombres de iglesia. Ambas afirmaciones son inexactas.

El carácter distintivo de la *Educación Integral* es que en ella se ponen en ejercicio todas las fuerzas del alumno, se le hace trabajar, se le obliga á buscar la verdad, á descubrirla, á amarla. En ella no existe el *Magister dixit*. El alumno estudia las cosas tal como á él se le presentan, no como las vé el Maestro, y por tanto, sobre cada cosa forma su opinión propia, particular, exclusivamente suya. La misión del educador se reduce á procurar que el niño juzgue con rectitud, de un modo justo y verdadero. No caben pues en la Escuela Integral dogmatismos científicos, ni religiosos, ni cosa alguna que no pueda enseñarse experimental ó racionalmente. El padre de familia puede por sí mismo, ó delegando al sacerdote, enseñar al niño, fuera de la escuela, la profesión religiosa que tenga por conveniente: el Maestro no debe imponer sus particulares opiniones al alumno en ningún caso; como tal Maestro no debe ser religioso ni antireligioso.

El sistema de enseñanza (católico por excelencia) que actualmente rige se limita á exigir *palabras* y siempre *palabras*. No es posible aprender á nadar, por ejemplo, por las reglas solas, sino nadando; nadie se empeñará en aprender un oficio leyendo un manual; éste le facilitará el aprendizaje,

pero no lo puede sustituir de ninguna manera. Estas, que son verdades de sentido común en todo, no se han generalizado aún á las cuestiones de enseñanza primaria. Muchos padres creen que sus hijos pueden aprender á *hablar* y *escribir* estudiando *Gramática*, á *contar* estudiando *Aritmética* y á *pensar* estudiando *Lógica*. Error de fatales consecuencias. Sólo es posible aprender á escribir *escribiendo*, á contar *contando*, á pensar *pensando*. Tampoco se conseguirá que el niño sea bueno y piadoso haciéndole *cantar* las preguntas y respuestas de un Catecismo; es necesario darle buenos ejemplos, hacerle *sentir* la moral y el amor al prójimo prácticamente. ¡Cuán lejos estamos aún de ese ideal!

Los hombres religiosos, que si cumplieran su misión podrían contribuir mucho al adelanto de la educación popular, se hallan tan atrasados que ellos son los más ignorantes en estas cuestiones. Para ellos el hombre es una máquina de pecar, este mundo una sucursal del reino de Satanás y los deberes del hombre sobre la tierra son: rezar, sufrir y vivir resignado con su suerte, obediente á los que se atribuyen la facultad de mandarle y falto de toda iniciativa. Para los que tienen formado un tal concepto del mundo y de los hombres, no hay que hablar de *Educación Integral*, ni de progreso, ni de civilización, ni de nada. Si el hombre ha de creer sin exámen los dogmas que autoritariamente le impongan ¿para qué desarrollar su razón? Si ha de obedecer ciegamente á los que se dicen superiores ¿para qué desarrollar su voluntad? Si ha venido sólo á sufrir en este valle de lágrimas ¿para qué procurar los adelantos de las ciencias que producen bienestar y comodidades? Si ha de vivir pensando siempre en la muerte ¿para qué hacerle amar la vida?

Para lograr que el niño sea bueno, que ame el Bien, no hay necesidad de dogmas ni de amenazas terroríficas y ridículas: bastan los principios moralizadores de la ciencia, A los niños educados en la Escuela Integral no se les atemorizará con los castigos terribles de las mitologías, ni se les inspirarán odios salvajes contra los que profesen opiniones distintas de las propias, sistema educativo que sirvió para formar á todos los tiranos, á todos los torturadores de inocentes, desde Torquemada á Portas; al contrario, se les enseñará á amar el Bien por el Bien mismo, se les inculcará el respeto más profundo á la personalidad humana, la tolerancia para todas las opiniones sinceramente manifestadas, el amor á la Naturaleza, á los hombres, á todos los seres, procurando despertar y avivar en ellos el hermoso sentimiento de la Solidaridad, base y fundamento indispensable de las organizaciones sociales del porvenir.

La Moral basada en el temor produce esclavos, seres afeminados y serviles. Nosotros queremos

hombres libres, fuertes, dignos, emprendedores, de voluntad férrea, amantes de los grandes ideales de justicia y libertad, dispuestos á combatir con firmeza todos los vicios de la sociedad actual, hasta implantar sobre la Tierra el imperio del Bien y de la Virtud.

Este es el *ideal* á que aspiramos los que queremos instituir en Mahón una Escuela de *Educación Integral*, que confío ver pronto establecida si aunan sus esfuerzos todos los hombres de buena voluntad.

X.

## El eterno enemigo

Quizás la mayor responsabilidad de nuestra degeneración política corresponde á los universitarios. Las fábricas de títulos académicos han lanzado á la concurrencia un proletariado de intelectualistas con mucho apetito y gran estómago, hinchado por los eructos de la garrulería de ateneistas, publicistas y exhibicionistas, más ó menos mercaderes ó cómicos.

Por salubridad pública se impone la necesidad de residenciar á los ilustrados. Rabelais afirmaba que «*la ciencia sin conciencia era la ruina del alma*» y nuestro refranero popular dice diariamente: «*Fortuna te dé Dios, hijo; que el saber nada te vale.*» Creo firmemente que hay que redactar el catecismo sustituyendo la representación de los tres enemigos del alma (mundo, demonio y carne) por el odio á los tres enemigos de la fraternidad social *universitarios, clericales y militares*. Si para vencerlos y aniquilarlos es necesario renunciar al patriotismo y organizarse cosmopolitamente en comunión de resistencias y heroísmos, hé aquí un voluntario.

Es irritante el abuso de la burguesía profesional de los facultativos de la religión, la ciencia y la milicia en un país y en una época envilecido y prostituida por la mengua de virilidad física y moral.

Todos los socialistas se preocupan de combatir á los burgueses de la agricultura, la industria y el comercio, mientras permiten vegetar á los parásitos del presupuesto y del progreso que acabo de señalarlos.

Comprendo al ciudadano laborioso y libre que accidentalmente sirve á la patria como educador militar ó religioso, pero no me esplico al mercenario de lo científico, lo heróico y lo moral que se hace pagar por los demás para conducirles á la duda, á la derrota y al descreimiento.

La ilustración, el valor y la virtud no deben ser mercancías de burgueses. Todo ser humano tiene derecho á saberlo todo, pedirlo todo y gozarlo. La Universidad, la Iglesia y el Ejército actuales no deben ser fines sino medios de progreso social.

Una vez logremos crear Ciencia útil y aplicable educando varias generaciones gratuitamente, la sociedad tendrá faros y brújulas en los más desorientados villorrios de la patria y con más seguridad emprenderá su marcha razonable y progresiva. La regeneración de un país es la suma de las regeneraciones individuales de sus pobladores. Cada prejuicio que se desvanece ante la luz de la verdad, cada fanatismo que la razón destruye, cada rutina que se cambia por un progreso útil y económico es una revolución que hace el que enseña, en los sentimientos, en la inteligencia ó en la voluntad del que aprende.

La Universidad, si fuera una institución progresiva, sería una fábrica de revoluciones y no una expendeduría de diplomas para los proletarios que aspiran á servir á la administración ó al caciquismo con sueldos anuales mayores de tres mil pesetas.

Cuando los legisladores se convenzan de la bancarrota de la Universidad, de la Iglesia y del Cuartel ideados por el cerebro burgués, no se extrañarán de que los estudiantes llegados en octubre pidan vacaciones el 30 de noviembre; ni de que la gente dude de la eficacia del *Te Deum*; ni de que los socialistas demanden el servicio militar obligatorio para pobres y ricos y el Conde de las Almenas pida en el Senado que se arranquen las cruces y se suban al cuello los fajines de los defensores del régimen burgués.

Hay que arrojar á los mercaderes del templo y después de enviar á presidio por embaucadores y taumaturgos al 90/100 de los actuales catedráticos, clérigos y militares, invertir lo que cobran del presupuesto ellos y sus familias en fundar y sostener con esplendidez escuelas, talleres y fábricas para educar allí gratuitamente y con maestros extranjeros tres ó cuatro generaciones de hombres sanos, buenos y libres, capacitándolos para el fomento de la riqueza y del saber por todos y para todos, creados por los varones virtuosos y humanitarios que nos precedieron en la guerra eterna contra los capitalistas y burgueses, de las aspiraciones físicas, intelectuales y morales de la sociedad.

JOSÉ DE MARCHAMALO.

## El primer contribuyente

### Cuento económico

Don Aquilino era un hombre emprendedor como pocos. Fué á Cuba de vista de Aduanas, robó cuanto pudo y regresó á España con una fortuna que se propuso dedicar á las más lucrativas empresas. En sus primeros tiempos fué aprendiz de herrero, y al volver á su aldea de Galicia pensó que una fábrica de hierro fundi-

do, aprovechando un salto de agua que había cerca de sus propiedades, sería un bonito negocio.

La codicia, que es la madre de la actividad, le dió energías para que la fábrica surgiese como por encanto en aquellos olvidados valles.

Al año la aldea era otra.

¡Qué hermosa fundición la de D. Aquilino!

Hombres así es lo que esta tierra necesita, decían los visitantes de la fábrica; y las viejas lanzaban continuas bendiciones sobre aquel santo regenerador de la comarca.

Entre los obreros había uno llamado Pacho, que se distinguía por su celo y destreza en el oficio. Ganaba cuatro pesetas diarias, lo cual en aquella aldea era una fortuna... antes de establecerse la fundición. Después las cuatro pesetas equivalían al jornal de tres reales que antes se ganaba en el campo, porque los artículos de primera necesidad habían subido, el alquiler de las casas costaba doble y no se podía vestir con la baratura de otros tiempos.

Pero Pacho estaba contento porque el jornal le alcanzaba para él y para su mujer. El cielo le envió un hijo, sin panecillo debajo del brazo, como suele suceder, aunque un dicho vulgar afirme lo contrario, y fué recibido en la casa con la alegría que los pobres reciben á los ángeles. Pero hubo que reducir algunos gastos, porque la mujer de Pacho tenía que alimentarse algo más nutritivamente de lo que hasta allí lo había hecho. Se disminuyó la compra de ropas, y quedó nivelado el presupuesto.

Llegó entonces al ministerio de Hacienda un señor á quien parecía mal que los objetos de hierro fundido tuvieran mucha aceptación en el Extranjero, y se le ocurrió establecer un impuesto de exportación.

Don Aquilino cogió el cielo con las manos primero, y cuando la cosa no tuvo remedio cogió el lápiz y se puso á hacer cuentas.

Disminuir mi ganancia, se dijo, ni por pienso; subir la mercaacia, menos, porque me daría el mismo resultado. Y entonces cogió la hoja de los jornales de la fábrica, y contando con la defraudación que haría al exportar, volcó el nuevo impuesto sobre sus operarios y sobre los comerciantes de buena fe.

A Pacho le tocó una peseta de rebaja: es verdad que tenía la libertad de escoger entre ganar tres pesetas ó morir de hambre con su mujer y su hijo. Optó por lo primero, aceptó, y disminuyó la alimentación extraordinaria de su esposa, que empezó á resentirse gravemente en su salud por esta causa.

Vino otro ministro de Hacienda, que por haber contraído no sé qué compromisos en la oposición, anunció que había que reforzar el presupuesto de ingresos, y aumentó un tanto por ciento la contribución sobre fincas urbanas.

Don Aquilino era dueño de la casa donde Pacho vivía en el pueblo, y como hombre entendido en negocios, descargó sobre sus arrendatarios el nuevo tributo.

Pacho derramó lágrimas cuando le anunciaron la subida del cuarto: aquello era un golpe terrible para sus escasos recursos. Y no fué lo peor la subida del cuarto; lo mismo que D. Aquilino hicieron otros comerciantes de los llamados «vivos» en el lenguaje mo-

dero: el tendero de comestibles, el carnicero, el zapatero, todos estuvieron conformes en desparramar el nuevo impuesto sobre sus consumidores.

Don Aquilino seguía ganando lo mismo y recibiendo las alabanzas de todos los visitantes de la fundición.

La falta de alimentación produjo en casa de Pacho la primera víctima, que fué su mujer. El médico le hizo comprar muchas medicinas antes, y así quedó viudo y arruinado. Es verdad que las medicinas hicieron poco efecto, porque con los nuevos impuestos, el boticario, que era tan «vivo» como don Aquilino, acordó falsificar los productos de su farmacia para no ganar menos y no subir el género. Esto último hubiera tenido el riesgo de que sus convecinos fueran á otro pueblo en busca de los medicamentos.

Enterrada la mujer de Pacho, éste tuvo tentaciones de suicidarse; pero le quedaba un niño, un niño que aún no andaba, y que era preciso cuidar sin dejar de asistir á la fábrica. El problema era difícil, pero no imposible de resolver. Mediante una cantidad pequeña, se encargaba del cuidado del niño durante el día una vecina. Pero esta cantidad había que sacarla de algún lado, y Pacho que ya no tenía ropas ni muebles, se vió precisado á disminuir su propia alimentación. Esto parecía imposible y sin embargo Pacho lo hizo, á pesar del desgaste de fuerzas de su trabajo, que era verdaderamente brutal y que se realizaba en una temperatura verdaderamente irresistible.

Pero, en fin, los hierros españoles seguían pasando la frontera, y D. Aquilino continuaba ganando el mismo tanto por ciento que se propuso, aumentando cada mes con el producto de los diversos negocios á que iba dedicando las ganancias.

Pacho sentía que sus fuerzas acababan; los arroyos de hierro fundido que corrían hácia los moldes le parecían ríos de su sangre y de la de sus compañeros, que por allí pasaba hirviendo para condensarse en duros objetos que luego serían útiles á la ciencia, al progreso, á la vida de muchos pueblos.

En los tintes rojizos del líquido hirviente veía las gotas de sangre de su pobrecita mujer, muerta cuando más falta le hacía á su hijo, y que había vaciado sus venas también en los hornos de D. Aquilino.

Lo que no iba nunca en aquella especie de lava era una sola gota de la sangre del amo, del hombre que la vendía y se hacía rico con ella.

Un día D. Aquilino reunió á los obreros todos para dirigirles un discurso:

—Las desdichas de la patria son tan grandes y la situación del país tan mala, que el ministro de Hacienda va á establecer un impuesto sobre transportes por el ferrocarril. Este es un golpe mortal para la industria; yo no quiero cerrar esta fábrica, que es lo que debía hacer en justicia, y no quiero cerrarla por vosotros, que no tendríais donde comer al día siguiente. La única manera de que esto siga es que rebajéis á la mitad vuestros jornales.

Algunos se negaron á aceptar esta rebaja; todos gruñeron un poco, pero la mayoría aceptó para que no se cerrase la fundición.

Pacho no dijo una palabra; se resignó á morir, porque estaba seguro de que en adelante podría medio ali-

mentar á su hijo, pero él no repondría el desgaste que el rudo trabajo causaba diariamente en sus fuerzas.

Pero aquellos ríos de hierro fundido seguían corriendo con sus vivos destellos para confundirse en monedas de oro al volver á las manos de D. Aquilino, sin que el derecho de exportación, el aumento de la contribución territorial y el impuesto sobre transportes le mermaran una sola pieza.

Pacho entre tanto perdía sus fuerzas y el humor; triste y macilento, no era ya el obrero que asombraba por su actividad y destreza. Había oído decir un día á D. Aquilino, después de cobrar el jornal: «Ese pobre Pacho ya no sirve para nada», y temía que el mejor día al cobrar le pusieran en la calle.

La angustia y la miseria le llevaron pronto al hospital, al hospital fundado por D. Aquilino en el pueblo. El edificio lo había cedido el Municipio, que además daba una subvención para su entretencimiento. Los operarios de la fundición dejaban una pequeña cantidad para esta benéfica institución; de modo que D. Aquilino, aparente fundador de aquella casa de misericordia, tenía la mejor parte en los gastos que originaba.

A los pocos días de enfermedad, el médico declaró que Pacho se moría y que todo remedio era inútil. Don Aquilino, que todas las semanas visitaba el hospital para prodigar palabras de consuelo á los enfermos, llegó el día antes de morir Pacho junto á su cama y le dijo:

—Tu hijo vendrá de aprendiz á mi fábrica.

—¡Pobrecillo!—contestó el moribundo.

—Esto te alegrará.

—No.

—¡Quién sabe lo que llegará á ser!

—Yo lo sé... Cómo no tiene fortuna, será como yo... primer contribuyente.

—El mal le hace delirar—dijo D. Aquilino; y siguió su visita.

La hermana de la Caridad se acercó á Pacho y le dijo con voz dulce:

—Si Dios le llama á su seno, pida, pida por el fundador de esta santa casa; por él, que le ha dado de comer durante tantos años.

Y Pacho haciendo horribles gestos respondía:

—¡Quítese, hermana, que se va á abrasar! Que viene el hierro fundido ardiendo con mi sangre... la de mi mujer y la de mi hijo.

Y hombres como D. Aquilino es lo que hace falta en este país, según la frase sacramental de cuantos visitan la fundición.

EMILIO SÁNCHEZ PASTOR.

## ACTO CIVIL

El domingo 24 fué inscrita en el registro civil, prescindiendo de ceremonias supersticiosas, con el nombre de Africa Nieves Europa una hija de nuestro amigo y compañero D. Rafael Llorens.

Felicitamos al consecuente librepensador y á su esposa D.<sup>a</sup> Lucía Sintés, deseando á la recién nacida mil prosperidades.

Estab. tip. de B. Fábregues, Nueva, 25.

MAHÓN